

rante este tiempo Kutuzoff se escapa para Moravia, dejando solo delante de Murat una línea de tropas encargadas de mantenerse allí hasta el último extremo. Al día siguiente, Murat, desengañado por Napoleón, ataca con cerca de 40.000 hombres ese débil destacamento que todo el mundo consideraba como sacrificado. Bagration, envuelto por todas partes, recibe impasible el choque de las masas que le desbordan; casi la mitad de sus soldados se hacen matar con el estricismo particular del soldado ruso, para asegurar la retirada de Kutuzoff. Llegada la noche, Bagration formó una columna con la gente que le queda, se abre paso, y se une al ejército ruso. Ese hecho de armas esplendente no fué sino el preludio de la ilustración que ese general debía adquirir, más tarde, á expensas de los franceses.— 16 de Noviembre.

Napoleón estaba en el palacio de Schoenbrunn desde el día 14 de Noviembre. Ocupábase activamente en rectificar la posición de su ejército, en asegurar su aprovisionamiento de lo que había carecido más de una vez durante esas marchas rápidas, en medio de un invierno precoz, en fin, en arreglar la administración del país conquistado, lo que consistía principalmente en cobrar á cuenta de una contribución de cien millones que se apresuró á imponer á Austria.

Tranquilo por la situación de los cuerpos de ejército que perseguían en Moravia al reducido ejército de Kutuzoff, dispuso, en forma de abanico, al rededor de Viena, aquellos que tenía á mano, de modo que se pudieran apoyar unos á otros y le garantizaran á él de toda sorpresa. Davout se extendió de Presburg á Neustadt, vigilando á Hungría; Marmont se estableció sólidamente en las crestas de los Alpes de Stiria, de Leoben al Semring, pronto á dar la mano al ejército de Massena, á quien se esperaba ver llegar de un momento al otro. Bernadotte y los bávaros dejando el cuidado de la persecución á Lannes, Murat y Soult, se apostaron en Iglan para vigilar las salidas de Bohemia, en donde había aparecido un cuerpo del archiduque Fernando. Este ejército tan diseminado en apariencia, podía estar reunido en muy pocos días y componer una masa irresistible; en todos puntos estaba sobre aviso.

Napoleón había hecho prescribir á los soldados que tratasen con la más grande dulzura á los habitantes del país conquistado y particularmente á los vieneses; quería que el pueblo austriaco sintiera la diferencia entre enemigos como los franceses y amigos como los rusos. Estos, mal acogidos por el pue-

blo, que se veía obligado á mantenerlos, se habían vengado según costumbre con procedimientos bastante brutales. Napoleón explotaba lo mejor que podía esos mutuos resentimientos, en los cuales veía el presagio de una ruptura entre los coaligados; exageraba de un lado las pretensiones y del otro las quejas. En todos sus boletines, hablaba sin cesar, de la barbarie de los rusos, de sus devastaciones, de los horribles excesos que cometían en las provincias austriacas, del concierto de maldiciones que se llevaba contra ellos por donde quiera que pasaban. Al mismo tiempo se dirigió á la opinión pública, se esforzó, como tantas veces había conseguido hacerlo, en excitar á los súbditos contra el gobierno, inflamar las pasiones populares, prestando bien gratuitamente á los ciudadanos de Viena opiniones de partido y sentimientos revolucionarios.

Así se lee en el duodécimo Boletín: 13 de Noviembre: «El descontento de los pueblos es grande. Se dice en Viena y en todas las provincias que se está mal gobernado, que, por el sólo interés de Inglaterra, han sido arrastrados á una guerra injusta y desastrosa...»

«Los húngaros se quejan de un gobierno iliberal que no hace nada por su industria y se muestra inquieto por su espíritu nacional... Se está persuadido de que el emperador Napoleón es el amigo de todas las naciones y de todas las grandes ideas... ¿No es, pues, tiempo, en fin, de que los príncipes escuchen la voz de sus pueblos y se arranquen á la fatal influencia de la oligarquía inglesa?»

Esos artificios, no eran más que la repetición de los que había empleado, con diverso éxito, contra Venecia, Génova, Egipto, Suiza, Holanda y España, y uno está obligado á convenir que ni siquiera se tomaba la pena de variar su uso, pero ese papel de libertador de los pueblos principiaba ya á ser muy poco del gusto de aquellos mismos á quienes se trataba de libertar, y las provocaciones revolucionarias de Napoleón en Viena no produjeron más que una impresión de sorpresa.

Lo mismo sucedió respecto de sus excitaciones al odio contra los personajes á quienes se atribuía la actual guerra. Él los injurió en sus boletines, según su costumbre inveterada de entregar á la execración de los pueblos á todos los extranjeros ilustres de quienes había tenido que temer el patriotismo y la previsión; pero esos desgraciados ultrajes con poco tino prodigados iban á convertirle en un título de honor dentro de poco. Alverle exaltar la memoria del rey María Teresa, como lo hizo en el Boletín XXIV,— 16 de Noviembre,— para

ultrajar y desacreditar á todos aquellos que habían demostrado en la corte de Austria algún rasgo de la energía de esta gran reina, desde Cobentzel hasta la emperatriz reinante y á la señora de Collaredo, no se engañaron los vieneses acerca de la intención que le llevaba al obrar uno de tal suerte.

... Napoleón abandonó á Viena á mediados de Noviembre; avanzó por Moravia hasta Brünn, plaza fuerte de una gran importancia, pero desguarnecida de tropas, por lo que pudo ocuparla sin dificultad alguna, gracias á la imprevisión é incuria austriacas. El ejército de los coaligados se había concentrado quince leguas más allá, hacia Olmutz, en donde había conseguido al fin Kutuzoff operar su unión con el ejército de Alejandro. Este constaba, según estadísticas oficiales de un número total de 82.000 hombres de los cuales sólo catorce mil eran austriacos. Componíase de buenas tropas en modo alguno demoralizadas, pues que Kutuzoff, obligado á batirse en retirada delante de fuerzas de una superioridad aterradora, había hecho frente en Amstetten, en Dürrenstein, en Hollabrunn, con una solidez que le hacía el más grande honor.

Tenía este ejército tanto interés en ganar tiempo antes de atacar á Napoleón, que sus operaciones son todavía un enigma. Refuerzos importantes, conducidos por el general Beningsen, estaban en marcha para juntarse á él; el plazo de un mes, á cuyo término debía Prusia poner en movimiento sus ejércitos estaba á punto de espirar, y eran ciento veinte mil hombres más para la coalición; el ejército anglosueco iba á marchar del Hannover sobre Holanda que estaba descubierta; el archiduque Carlos había llegado á Hungría en donde reparaba sus pérdidas y se preparaba para tomar la ofensiva, en fin, Napoleón, en presencia del peligro inminente á que le exponían esas eventualidades, había suspendido su marcha adelante; había sentido que su posición á una tan gran distancia de su base de operaciones, quedaba ya muy aventurada.

Según todas las probabilidades, una simple temporización de parte de los austro-rusos le hubiera, dentro poco, obligado á un movimiento retrógrado, bajo la doble necesidad de concentrarse y de conservar su línea de retirada. La lucha bajo estas nuevas condiciones implicaba casi su infalible pérdida, pues iba á encontrarse prisionero entre tres ejércitos considerables, con fuerzas reducidas, y si dos de esos ejércitos se hubiesen dado la mano en

Hungría, como lo proponía Kutuzoff, le hubiesen opuesto una masa difícil de quebrantar.

Tenían, pues, los coaligados, muchas razones imperiosas para evitar todo encuentro con Napoleón, antes de que se hubiesen realizado los sucesos que se esperaban. No es fácil, ni aún hoy día, explicar los motivos que llevaron á los coaligados á obrar de otro modo cuando todo podían esperar ganarlo de la expectativa. Verdad es que ha sido probado que el ejército austro-ruso carecía de víveres en Olmutz, pero le hubiera sido fácil procurárselos en otra parte, y nada le obligaba á guardar dicha posición. Tenía por lo contrario, un interés capital en dejarse caer sobre Hungría para reunirse á los 80.000 hombres del archiduque Carlos. Pero Alejandro, que había cometido una primera falta acompañando el ejército, como se lo advirtieron sus amigos más prudentes, entre ellos Czartoriski, en donde su presencia debía tener por efecto paralizar á generales bravos pero serviles, había caído bajo la influencia del general de Estado mayor Weyrother, hombre vanidoso é incapaz, gran forjador de planes, y que había sido consejero del archiduque Juan en Hohenliden.

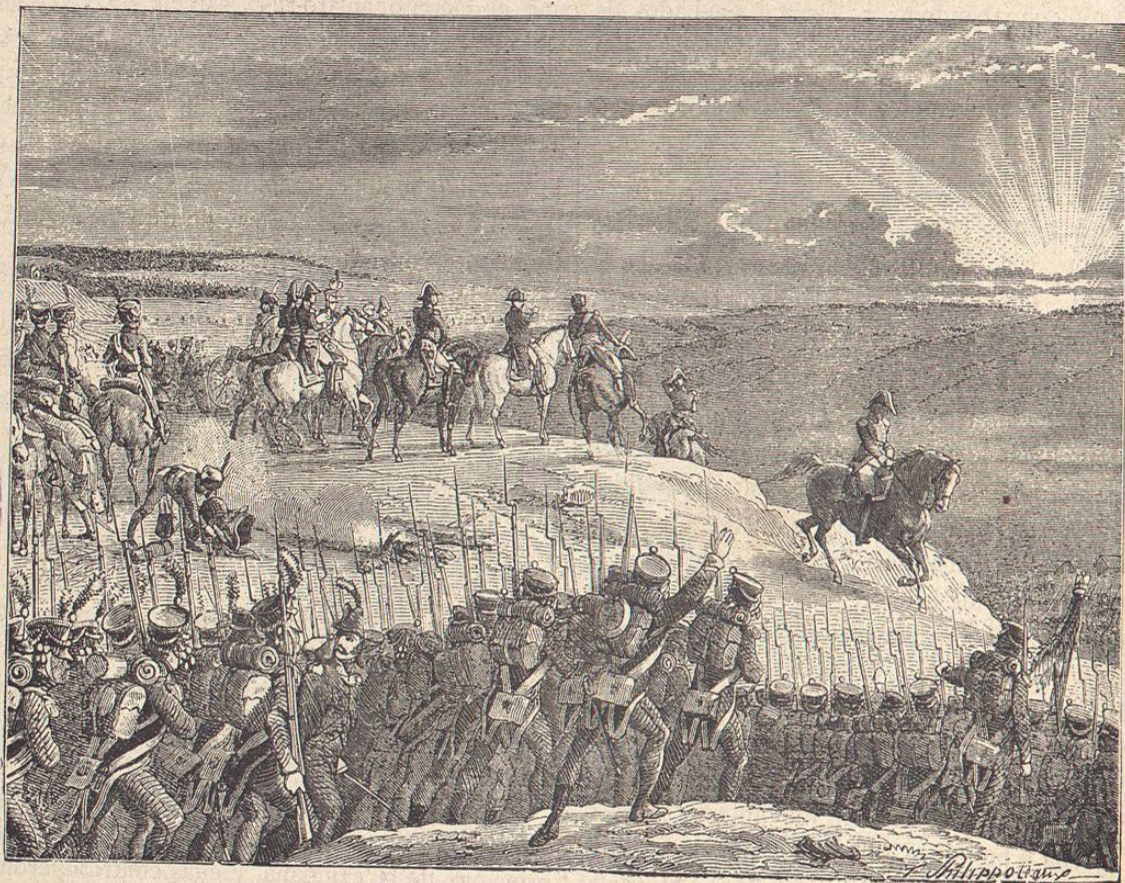
Alejandro estaba por otra parte rodeado de jóvenes llenos de ardor, de valor y de ilusiones, impacientes por distinguirse bajo los ojos de su soberano, y que no hablaban sino con el más profundo desdén y aplomo del sistema dilatorio propuesto por Kutuzoff, por el emperador de Austria, y por los jefes más experimentados del ejército.

Divisiones bastante graves sobrevinieron entre austriacos y rusos, á consecuencia del desgraciado principio de la campaña, y ellas contribuyeron todavía á hacer más deseable una pronta renovación de las hostilidades, en las que esperaba encontrar cada uno su justificación.

Napoleón tuvo conocimiento de este estado de cosas, y sacó de ellas partido con su maravillosa habilidad. Había antes recibido con suma altanería á Stadion y á Giulay quienes le habían sido enviados como hemos dicho con proposiciones; pero tan luego supo que Prusia estaba dispuesta y pronta á unirse con sus adversarios, cambió de táctica, y se hizo tanto más comunicativo cuanto antes se había hecho el altanero y el desconfiado. Despachó á Savary al campo de los coaligados el 25 de Noviembre con unas letras de cumplidos para el emperador Alejandro, pero con la misión secreta de observar atentamente el ejército enemigo, á la vez que tanteando el terreno para una negociación. Savary fué recibido con cortesía, pero muy friamente;

y no llevó á su señor más que una carta seca y evasiva no dirigida al emperador, sino al jefe del gobierno francés. Napoleon, tan quisquilloso en esto, no se formalizó en modo alguno, quiso mostrarse superior á las minuciosidades de una vana etiqueta; y se presentó más expansivo que antes. Savary regresó inmediatamente á Olmütz para proponer una entrevista entre Napoleon y el sobrado confiado

Alejandro. Savary debía aprovechar también esta ocasión para completar su estudio del ejército austro-ruso. Savary que tenía la vista y los oídos de un futuro ministro de Policía, observó el número y las posiciones del ejército, hizo hablar á los ayudantes de campo, y tomó nota de la confianza temeraria que animaba á los jóvenes oficiales. Por lo demás rehusó Alejandro la entrevista, pero consintió en



Batalla de Austerlitz

enviar á Napoleon su ayudante de campo, el príncipe Dolgorouki.

Napoleon tuvo buen cuidado en no dejar que el príncipe desempeñara á su vez el papel de Savary; así lo recibió en las avanzadas no dejándole ver de ejército más que lo preciso para engañarle. Algunos días antes un escuadrón de la vanguardia francesa había sido sorprendido y hecho prisionero en Wischau. Dolgorouki encontró nuestras tropas replegándose en todos los puntos para concentrarse en las posiciones de muy antes estudiadas, y á las que quería Napoleon atraer al ejército austro-ruso. Encerrados en un espacio estrecho, separados aún del cuerpo de Bernadotte y de la división Friant que no debía llegar hasta el último momento, ocupados

en levantar ostensiblemente atrincheramientos en diversos puntos, como si se temiera un ataque, no podían causar en los ojos del príncipe más que la impresión de una debilidad aparente de su efectivo, y por su actitud tímida y contrariada.

Después de los acostumbrados cumplimientos Dolgorouki abordó sin más precauciones oratorias el objeto de su misión. Napoleon cortó la conversación con su mala fe acostumbrada, razonando su relación con insultos que le eran familiares para todos los hombres en quienes encontraba alguna resistencia. Contó en sus boletines que ese *freluquet* había ido hasta proponer la cesión de Bélgica. Jamás se trató de pedir á Francia la retrocesión de Bélgica, y el momento hubiera sido bien mal escogido para

proponer una tal enormidad. Dolgorouki no hizo proposición alguna de ese género. Alejandro había redactado un programa ya cien veces discutido, y este programa era el que su ayudante debía someter á Napoleon. La relación de Dolgorouki acerca de esta entrevista tiene todos los caracteres de la verdad y recuerda de una manera notable la narración de la famosa entrevista de Whitworth con Na-

oleon. Como siempre, Napoleon habló como un tentador, es decir, cuando no podía hablar como un amo: «¿Qué se quiere de mí? ¿Por qué me hace la guerra el emperador Alejandro? ¿Qué exige? ¿Está celoso del engrandecimiento de Francia? Y bien que extienda sus fronteras á expensas de sus vecinos..... del lado de Turquía y todas las querellas habrán terminado.» Y como Dolgorouki le respondiera que



Banderas rusas y austriacas llevadas triunfalmente al Senado francés

Rusia no tenía interés en engrandecerse, sino en mantener la independencia de Europa, de asegurar la evacuación de Holanda y de Suiza, y la indemnización siempre reclamada y nunca dada al rey de Cerdeña, Napoleon se dejó llevar de su temperamento, y le respondió que no cedería nada en Italia «ni aún cuando los rusos acampasen en las alturas de Montmartre,» exclamación tanto más verosímil cuanto que algunos días más tarde aparece en uno de sus boletines. Esas palabras pusieron fin á una negociación que no había sido por parte de Napoleon más que un engaño de guerra destinado á enardecer á sus enemigos, así de los dos lados ya no se pensó más que en combatir.

Las posiciones que Napoleon había ocupado para

esperar en ellas el choque de los coaligados, estaban admirablemente escogidas para el ataque lo mismo que para la defensa. Adosado á la ciudadela de Brünn, que debía, en caso de necesidad, asegurarle su retirada á Bohemia; cubierta su izquierda por colinas llenas de un monte bajo casi impenetrable, y su frente por un riachuelo profundo que formaba á trechos varios estanques, las tropas francesas estaban atrincheradas en el ángulo casi recto que forman los dos caminos que parten de Brünn para ir uno á Viena, y el otro á Olmütz. Ocupaban todos los pueblos que están á orillas del riachuelo de Girszkowitz á Telnitz, en donde comienza la región de los estanques. En frente del centro francés, á la otra parte del riachuelo se levanta la meseta de